

LA CASA VIVIDA

O EL MUNDO HECHO POR NOSOTROS MISMOS

Una aproximación al diseño a través de las maneras de obrar la arquitectura
cotidiana en San José, Manizales – Colombia

Autor: Valentina Mejía Amézquita

*Me parezco al que llevaba el
ladrillo consigo para mostrar al
mundo cómo era su casa*

Bertolt Brecht

Las palabras de Brecht resuenan permanentemente, ¿de qué manera puede exponerse al mundo una casa sin cargar con los ladrillos que dan sustrato a su corpórea presencia? o, mejor aún, ¿cómo mostrar una casa cuando todo pareciera evidenciar que están hechas de algo más que ladrillos y, si la metáfora nos lo permite, son parte de su ser la carne y la experiencia? La casa popular late, al parecer con arritmia, en el crisol de la urbe contemporánea donde la materialización de los fenómenos sociales y culturales ha desencadenado en un sistema confuso, imbricado, espinoso, difícil de apropiarse y complejo de administrar, como bien sugiere Harvey (2013).

La ciudad que en algún momento de la reciente modernidad fue proyectada como la “Ciudad Radiante” lecorbusiana (1933/1979), parece perder brillo al momento de contrastar la realización de la desteñida imagen de una quimera tardía, vista con los ojos de la segunda década del siglo XXI. La urbe actual tardomoderna ha sido comprendida por algunos como la encarnación de la divergente postmodernidad (Venturi, 1966/1974); así, como en otros casos, ha sido vista como la desafortunada hija del redesarrollo bajo el amparo fundamentalmente económico e instrumental (Delgado, 2007). La realidad es que Manizales-Colombia marco urbano de la casa popular, sujeto puntual de nuestra investigación, pareciera recoger ambos infortunios en razón de ser objeto de la transfiguración de una vasta porción de su casco urbano por el adalid de un macroproyecto de renovación urbana, que la descarna y mercantiliza hasta el punto de su lapidación física y, porque no advertirlo, memorial.

La Comuna San José abre sus ojos ante la crudeza de las apuestas diseñísticas de orden abstraccionista puro y descendente que se instalan con vehemencia sobre el mundo analógico de la experiencia cotidiana del habitar popular. Este trabajo tiene cabida en el contexto socio político del Macroproyecto de Interés Social Nacional para el Centro Occidente de Colombia San José, Municipio de Manizales que, en carta blanca, es un plan de gran envergadura enfocado a la renovación urbana bajo el cobijo legal de “aumentar la oferta de suelos urbanizados para el desarrollo de programas de vivienda de interés social y prioritario” (Decreto No. 4260, 2007, art.1). La actual estratagema de ordenamiento del

territorio y re-dinamización mercantil del suelo, borra de tajo lo que algún día fuera razón de ser de la movilización expansionista y símbolo de un amplio número de fundaciones urbanas de territorio andino colombiano a mediados del siglo XIX, bajo el amparo de una declaratoria de obsolescencia urbana, cuya única redención es su desaparición casi total (Acebedo, Manifiesto por la reformulación del Macroproyecto San José, 2013).

Comprendemos las maneras otras de obrar mundo urbano, entendido como lo hecho gracias a la labor permanente y cooperativa a través lo que hemos decidido llamar *la casa vivida o el mundo hecho por nosotros mismos*, desde de las formas en que el habitante no proyectista de formación, organiza y estructura el espacio vivido como un proceso cotidiano de creación desde el *habitus* (Bourdieu, 1980/2007) que modela las formas de vida cultural (Gergen, 2007) y, en consecuencia, la producción social del espacio urbano (Lefebvre, 1974/2013).

La nuestra es una apuesta que exhorta a dar un tratamiento cultural a las cuestiones de diseño, esperando sea asible no sólo a la comunidad académica de la disciplina del diseño, sino a quienes han abierto las puertas de sus casas para compartir con nosotros su vivencia cotidiana y a los que operan desde las lógicas del mercado inmobiliario o la administración y gestión del territorio, pues, aunque se vea desde diferentes orillas, todos estamos sentados en la misma mesa. La nuestra es, en suma, una puesta en valor de la vida cotidiana.

En la medida en que hemos comprendido que la construcción del espacio, en cualquier escala dimensional y en nuestro caso el espacio doméstico, es un producto social que parte, por un lado, de la comprensión del vínculo inalienable entre el sujeto creador y el objeto de la creación y, por el otro, de la indisolubilidad entre el individuo y el grupo social que lo acoge, hemos ido asumiendo una ruta de reflexión en clave de la dialéctica espacial lefebvriana que halla en la reivindicación del espacio vivido en tensión con el espacio lo concebido y el percibido, el camino para discernir la alteridad de la fisicidad arquitectónica del territorio local que aún demanda caminos para reclamar su otredad (Lefebvre, 1974/2013).

De la cuestión fundamental que atraviesa esta investigación alrededor de la naturaleza diseñística, como lo llamaría Saikaly (2005), de la arquitectura sin arquitectos y que podríamos primeramente llamar, la *poiesis cotidiana del obrador-morador*, surge la hipótesis central que señala que la casa, como espacio primero de relación físico-simbólica del hombre con el mundo, surge desde su dimensión óptica en relación directa con quien la habita o en función del habitar y este vínculo es indisoluble (Heidegger, 1951/1994). Sin embargo, la manera en que se ha construido el pensamiento en occidente ha perpetuado la idea de que la valía de estas expresiones, mientras surjan del quehacer cotidiano del sujeto que, en su rol meramente humano vacía en ella las ensoñaciones, no logra la dimensión trascendente que alcanza ya de por sí la arquitectura, en tanto que concebida por el diseñador gracias a las habilidades regladas de la técnica y el arte.

El asunto es que cuando las ilusiones del sujeto no versado trascienden a la condición material en forma de casa, algo parece afectar su posibilidad de ser reconocidas en las esferas que si consiguen hacerlo el arte o la arquitectura, en gran medida por ser calificadas como ausentes de la carga creativa o estética, relegándolo al orden de lo meramente edilicio y estéticamente heterotópico lo que, en rigor, deja entrever la preeminencia de una postura occidental metafísica que ha separado de tajo el pensamiento del mundo objetual, subestimando lo cotidiano. A nuestro entender, las lógicas de las apuestas de renovación urbana parten justamente de ahí, del lugar dividido donde lo “otro” que no fue objeto de las dinámicas proyectuales académicas o adolece de los valores formales que la ortodoxia determina, se le considera sin valor y, por ello, merecedor del ostracismo, la proscripción y desaparición, como es el caso de la Comuna San José.

Sobre lo que esperamos llamar la atención es que la sublimación de esta postura se ha correspondido con una ausencia cognoscitiva de la vida cotidiana desde su lugar propio que no ha permitido entender el saber creativo y adaptativo que emerge de otros entendimientos y maneras de hacer ciudad, saberes que el mismo Michel Foucault (1969/1979) habría incluido en la amplitud de sus llamadas “prácticas discursivas” (p.198), configurando narrativas distintas, espacio temporalmente situadas que logran dotar de significado el relato de las propias vivencias, como lo propone Ricoeur (1995),

citado por Hernández (2006), siendo la casa una de sus expresiones más trascendentes y receptáculo de máxima sabiduría, aclarando con precisión que en ningún momento es un intento apologético por romantizar la pobreza o voyeurizar la marginalidad.

Habríamos de resaltar el reconocimiento y explicitación de lo que implica aquí lo cotidiano, pues está asociado a la manera en que la casa ha sido subjetivada por el habitar o las formas de espacialización de la vida práctica del habitante en el contenedor que llamamos casa. Mauro Wolf (1988) propone en este camino que la experiencia de lo cotidiano, debe ser entendida como el escenario de actuación entre el individuo y la sociedad, coligado a los contextos de sentido socialmente compartidos. En lo cotidiano el sujeto aprende, metaboliza la alteridad diría Pietro Bellasi, hasta jugarse sus apuestas de mundo, trascendiendo el lazo social.

El acervo desde donde tendría sentido poner en valor las arquitecturas populares, como en el caso de San José, es desde una perspectiva territorial donde las condiciones formales, estéticas y arquitectónicas están entretejidas de manera inherente a las condiciones antropológicas e históricas del habitar. La casa popular es el lugar donde se organiza la experiencia práctica de la relación diaria entre el individuo y los otros, revelando el mundo que está a su alcance y que, por tanto, es tan suyo como lo es su propio cuerpo, si quisiéramos apelar a la manera en que un autor de la talla de Merleau-Ponty

(1945/2000) lo enmarcaría. En términos prácticos para este caso, estaríamos hablando de la apropiación de la casa como correlato del habitante y miembro inseparable de la Comuna.

El punto es que alterar la cotidianidad a la manera que los procesos de renovación urbana legalmente pueden hacerlo y que, de manera puntual el Macroproyecto Centro Occidente San José lo está realizando, implica de suyo una ruptura de tajo con la cotidianidad espacio-temporal que ha dado sustrato a las maneras de producción físico social del territorio que son irrecuperables (Cantor, A. & Cutiva, A., 2012) o, en el mejor de los casos, serían muy complejas de rehacer, de recomponer, de subvertir, no sólo en términos de recuperación de la memoria, por ejemplo, sino como discursos y apuestas de mundo para un presente que no se deshaga y que se dilate al futuro.

Es evidente que lo cotidiano democratiza la urbe mientras las prácticas heteronomizadoras del espacio doméstico¹ son vívida expresiones de la autocracia. La casa popular heterogénea va en contravía de la ruta recientemente descrita por los macroproyectos de vivienda en serie, pues manifiesta una alteridad adversa que, usualmente, se reduce a ser denominada amorfa e ilegal, mientras la vivienda seriada legitima lo estatutario que redime y lo formal que unifica. Es un juego de poder que exagera el modelo mercantilista y reivindica las maneras en que “la mecanización toma el mando”, si se nos permite aludir al texto de Giedion (1948/1978) sobre la modernidad encumbrada. Mientras no demos un sentido de verdad a la casa popular desde si misma

superando las lógicas autosuficientes de la arquitectura doctrinal, su existencia se hará cada vez más difusa, sin un espacio propio a partir del cual revestirse de significado para reelaborar las formas socio culturales y físico espaciales de su presencia y supervivencia en la urbe actual.

Nuestra tarea investigativa espera, entonces, subvertir las lógicas de las aproximaciones más frecuentes a los problemas diseñísticos sobre la arquitectura y la ciudad, en un intento por comprender la casa, desde quien la obra en su habitar, en el espacio agónico

de su desaparición simbólico-material, entendida casi al límite de la ablación del cuerpo del obrador, pues esperamos que la ciudad de Manizales no se convierta en una urbe mutilada, de cuerpos abatidos rememorando lo ausente, en un estadio

¹ La heteronomización del espacio hace referencia a la sumisión socio-espacial al plan presupuesto bajo las lógicas academicistas de, en este caso, la arquitectura disciplinada, lo cual implica una pérdida de autonomía de la diversidad urbanístico-arquitectónica que caracteriza a la ciudad de generación espontánea o de autogestión o la realizada por no arquitectos. El término es usado con vehemencia por un autor como Cornelius Castoriadis particularmente señalando la pérdida de libertad moral por las directrices socio-políticas de la heteronomía y por Henri Lefebvre al señalar la sumisión a la que se ha querido someter el espacio vivido por parte de la hegemónica postura del espacio concebido

fragmentario que no permita entretejer nuevas formas de vida urbana. El quid del asunto es impactar los propósitos de la práctica proyectual, a la manera que sugiere Archer (1995) se haga para el tipo de investigaciones que atraviesan la metateoría pero también mantienen sus propósitos claros de transformación práctica del quehacer de quienes tenemos la encomienda de crear lugares que serán habitados, atendiendo los efectos sociopolíticos de

dicho actuar.

TEXTOS CITADOS

- Acebedo, L. (4 de Agosto de 2012). *caleidoscopios urbanos*. Recuperado el 9 de Febrero de 2016, de caleidoscopios urbanos. blogspot:
<http://caleidoscpiosurbanos.blogspot.com.co>
- _____. (2013). *Manifiesto por la reformulación del Macroproyecto San José*. Manizales: Universidad Nacional de Colombia Sede Manizales. Bourdieu, P. (1980/2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siblo XXI Editores.
- Cantor, A. & Cutiva, A. (2012). El plan de Renovación Urbana en la Comuna San José o el fracaso de una política pública sin público, sin ciudadanos. *X Seminario de Investigación Urbana y Regional* (págs. 1-13). Bogotá D.C.: Pontificia Universidad Javeriana.
- Castoriadis, C. (1999). *Figuras de lo pensable*. (U. d. Valencia, Ed., & V. Gómez, Trad.) Valencia: Frónesis.
- Delgado, M. (2007). Ciudades sin ciudad. La tematización cultural de los centros urbanos. En D. Lagunas, & D. Lagunas (Ed.), *Antropología y turismo. Claves culturales y disciplinares* (págs. 91-108). México D.F.: Plaza & Valdés.
- Gergen, K. (2007). *Construccionismo social. Aportes para el debate y la práctica*. Bogotá D.C.: Universidad de los Andes.
- Giedion, S. (1948/1978). *La mecanización toma el mando*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Heidegger, M. (1951/1994). *Construir, habitar, pensar*. (E. Barajau, Trad.) Recuperado el 15 de abril de 2014, de www.laeditorialvirtual.com.ar
- Lefebvre, H. (1974/2013). *La producción social del espacio*. Madrid: Capitan Swiny.
- Merleau-Ponty, M. (1945/2000). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península.
- Saikaly, F. (29 de Marzo de 2005). *Verhaag*. Recuperado el 19 de Octubre de 2015, de Verhaag: http://www.verhaag.net/ead06/fullpapers/ead06_id187_2.pdf
- Venturi, R. (1966/1974). *Complejidad y contradicción en la arquitectura*. Barcelona: Gustavo Gili.